

La educación, una vez más...

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

La educación, una vez más, es uno de los grandes retos del siglo XXI. Los esfuerzos de los Estados han de concentrarse en esta gran tarea individual y colectiva. Y es a los educadores a los que, finalmente, compete la altísima función de educar para la libertad, la justicia y el bien. El educador –queremos recordarlo– es el que fundamentalmente está a la escucha, el que procura tomar el pulso a una realidad que todos queremos transformar, pero para transformarla necesitamos conocerla previamente. Y ojo con los “realistas”, que nunca han resuelto nada en este intento. Pero, ¿cómo van a transformar la realidad si la aceptan pasivamente y se conforman con seguir viviendo de espaldas a las exigencias y retos que impone el cambio? Por tanto, uno de los grandes desafíos que se nos presentan es el conocimiento profundo del mundo en que vivimos y la decidida voluntad de ir más allá de las apariencias, e incluso de las constataciones; sobre todo, en un mundo de un inmenso poder mediático. Y en este desafío –que ha de movilizar la solidaridad y el compromiso de las administraciones y de los distintos grupos sociales en ella implicados– hemos de procurar separar lo que es realmente esencial de lo que es accesorio. ¡Nos confunden tantas apariencias que ocultan la realidad de las situaciones y el conocimiento objetivo de las mismas...!

Otra de las dimensiones del problema es el representado por la globalidad, es decir, por el hecho de hacernos conscientes de que formamos parte de un mundo en su conjunto, interrelacionado, en el que somos uno de los 6.100.000.000 millones de seres humanos, libres e iguales, que pueblan nuestro maltratado planeta azul, con una visión nueva, integradora y fecunda, desde el barrio próspero de la aldea global en que vivimos, como nos hizo ver, con atinada lucidez, MacLuhan. Desde nuestras respectivas posiciones –que por lo general son posiciones de privilegio y abundancia– hemos de saber que existen otros muchos barrios en los que se vive en condiciones absolutamente inhumanas. Y no debemos olvidar tampoco que las grandes corporaciones multinacionales son las que están colaborando estrechamente con ese modelo de organización de la economía mundial conocido con el nombre de “globalización”, esto es, el impúdico intento de imponer a todos los países de la tierra un solo paradigma de administración, claramente favorecedor de los bloques dominantes. La asfixiante deuda externa, que ha estrangulado la economía de los países más empobrecidos y el crecimiento imparables de la exclusión, son las causas determinantes de este pervertido sistema. El modo de

proceder del primer mundo –en posesión de la riqueza planetaria y de todos los resortes del poder- ha provocado el hundimiento del rasgo más significativo e importante de la cultura contemporánea: el **humanismo**, o sea, la tendencia y el proyecto de colocar el hombre –a la persona humana- en el centro de todas las preocupaciones, para no quedar reducido “a un ser in-significante, sin carácter ni autonomía, incapaz de trascender a su propia realidad”.

Ante este sombrío panorama de aspiraciones, recortadas a la medida de un progreso no siempre al servicio del hombre y de su causa, ¿qué nuevos horizontes de esperanza pueden abrirse en los umbrales del III milenio?

Efectivamente, tienen que existir unos principios éticos, morales y universales que sean capaces de imponer en el mundo un nuevo orden internacional basado en la justicia, la libertad y el respeto hacia todos los seres humanos. Las leyes del mercado –por lo visto- se han limitado a concentrar, a megafusionar a los países y corporaciones más poderosos para que adquirieran todavía más poder. Pensemos, por ejemplo, que, a finales de los años 70, la relación era la del 20 por 100 de la humanidad disfrutando del 80 por 100 de los recursos mundiales, y actualmente es el 17 por 100 de los habitantes de la tierra el que posee el 83 por 100 de esta riqueza. ¡Una trágica e injusta distribución que ha sembrado y sigue sembrando de cadáveres los inhóspitos campos del Tercer y Cuarto Mundos...!

Y entre las causas determinantes de este antihumanismo contemporáneo podríamos señalar las siguientes, a modo de síntesis:

- a) El afán a reducir el universo a unos límites condicionados por un espacio y unos intereses determinados, con exclusión sistemática e intencional de otras realidades y valores que lo singularizan y trascienden.
- b) La tendencia a restringir el sentido de la historia a la realidad sensible, productiva, en detrimento de otros valores.
- c) El considerar a la sociedad como una “masa indefinida”, globalizada en el peor de los sentidos, sujeta a las grandes líneas de la evolución cósmica.

No es extraño, pues, que una tal concepción del mundo, considerado en sus múltiples facetas, riquezas y dimensiones, haya generado, en la multitud de hombres y mujeres que lo pueblan, angustia, marginación, soledad y muerte.

A pesar de todo, ¿qué nuevos horizontes de esperanza pueden abrirse, en los comienzos del III milenio, a los marginados de la tierra? Es necesario que los Estados, las instituciones y los grupos humanos más comprometidos con el desarrollo y progreso de los pueblos, actúen, sin detenerse, en un triple sentido:

- a) Buscar la reconciliación y el encuentro con aquellos principios y mensajes éticos, morales, filosóficos o religiosos que puedan satisfacer plenamente las

aspiraciones de la mujer y del hombre contemporáneos, proporcionándoles respuestas adecuadas al por qué y para qué de su existencia, tan amenazada de exclusión, hambre, enfermedad y muerte en no pocas regiones de nuestro planeta.

b) Valerse de la historia –de la historia de los marginados de siempre- para detectar los “signos de los tiempos” y adoptar un serio compromiso con la justicia, la solidaridad, el amor y la con-pasión respecto al vasto mundo de los desheredados, que es donde el personalismo comunitario –respetuoso con la singularidad y dignidad de cada ser humano- puede mostrar su innegable poder de transformación.

c) Aceptar igualmente que el mundo no es una masa indefinida, sujeta a los caprichos y códigos de una globalización sin entrañas, sino una creación en constante proceso de perfeccionamiento y mejora. El papel del hombre y de la mujer en esta tarea es de un esencial protagonismo. A ellos les compete, bajo la tutela y apoyo de los Estados, no sólo un compromiso ético e intelectual ante la realidad creada, sino una acción perfectiva, intencional, encaminada a transformarla.

Por todo ello, el papel de los Estados, de las organizaciones comunitarias y de los propios educadores consiste en potenciar la inmensa capacidad que tienen los seres humanos de “saber para prever y de prever para prevenir”. La capacidad, en suma, de crear, pensar y sentir de cada persona. Ser capaz, en definitiva, de esta inmensa desmesura que significa comportarse libremente y como debe en beneficio propio y en el de la comunidad a la que pertenece. Hacer lo que uno quiere, sin merma de los legítimos derechos, aspiraciones y deseos de los demás de hacer lo propio. ¡Esto es educación en el sentido más pleno de la palabra!

Sí, una educación que hace posible que cada ser humano realice en el mundo su propio proyecto de vida, esto es, lo que cree que debe hacer. Que tenga sus propias respuestas; que no se deje manipular por unas instancias que se hallan a veces a miles de kilómetros de su lugar de origen o residencia y que actúan de modo perverso sobre los hombres y las mujeres de todo el mundo y en particular de quienes habitan en las regiones y países de la exclusión.

Es responsabilidad de los Estados asegurar el derecho y la práctica de la educación a todos sus ciudadanos sin excepción, para que puedan pensar, imaginar y actuar en libertad y responsabilidad dentro de sus respectivos ámbitos de convivencia. En una palabra, para que sean capaces de crear y de dar a su vida un sentido acorde con la alta dignidad que poseen como personas humanas. Y éste es, en la hora presente, nuestro reto y nuestra esperanza, porque sabemos que podemos modificar el rumbo de los acontecimientos y enderezar las actuales tendencias.

¡Qué maravilla si lográsemos vivir juntos con todas las culturas y pueblos que durante tantos años hemos marginado, instalando en sus entornos vallas y dificultades de toda índole: económicas, culturales, administrativas....! Unas culturas originarias, en posesión de una rica y multiforme sabiduría ancestral que, una vez integradas en el mundo del conocimiento y de la

información, podrían enriquecer sensiblemente el acervo cultural, tecnológico y creativo de los que presumimos de ser los protagonistas y beneficiarios del llamado "primer mundo". Si en momentos de crisis "la imaginación es más importante que el conocimiento" –como dejó dicho Albert Einstein- nosotros tendríamos que aceptar que será de esta convivencia en mestizaje de la que pueden surgir las pertinentes soluciones que el futuro del mundo necesita para ajustar y enderezar su propio rumbo.

El nuevo orden internacional debe ser una creación continua en la que la educación ocupe el lugar que le corresponde, porque sigue siendo la base de toda sociedad organizada. La educación para todos los habitantes del planeta debe ser, pues, el reto decisivo del siglo XXI, porque ya es actualmente la clave de la justicia y de la paz, del crecimiento y del desarrollo, de la democracia y del respeto de las diferentes culturas y del medio ambiente.

Como síntesis de las anteriores reflexiones, pueden establecerse determinadas *pistas* y *recomendaciones* a los responsables y administradores de la educación en el mundo:

- Promover la educación para todos durante toda la vida, mediante una formación esencial en el arte de pensar y un aprendizaje técnico y profesional en su propia lengua, y asegurando la inclusión de los marginados en este proceso liberador.
- Concebir todo sistema educativo en un doble sentido: favorecer toda iniciativa personal de conocimiento e incorporación de los saberes y de los métodos disponibles, y ofrecer a todos una enseñanza que sea fuente de realización personal, de referencias culturales y éticas y de exigente responsabilidad ciudadana..
- Situar lo local en lo mundial y lo individual en lo colectivo y lo cívico: acentuar la relación interpersonal en los intercambios de información, dejar un espacio de expresión a todas las peculiaridades locales y regionales en el seno de la red mundial, sin que se establezca la hegemonía de ninguna cultura.
- Concebir el sistema educativo en toda su fecunda y rica pluralidad: metodológica, académica, de protagonistas, de espacios, de tiempos, etc.
- Enriquecer el concepto del saber: pasar de la idea de un saber por acumulación a la idea de un conocimiento consciente de sus métodos y objetivos. Ya no hace falta simplemente aprender, sino que hay que *aprender a aprender*. La formación permanente de un cuerpo docente que goce del reconocimiento social que le corresponde, despierte en los alumnos sus facultades creativas y conozca así mismo las nuevas tecnologías y las nuevas exigencias de la sociedad constituye la máxima prioridad.

- Favorecer toda iniciativa que apunte a un acceso universal a las nuevas tecnologías de la información, no sólo en el interior de cada país, sino también entre los países industrializados y los países en desarrollo, con miras a reducir todas las formas de dualización. En materia de educación, el objetivo debe ser la creación de una red mundial de educación accesible a todos, sin fronteras ni desigualdades de ningún tipo.
- Desarrollar, a escala nacional e internacional, políticas de equipamiento de infraestructuras de comunicación, tanto tradicionales como nuevas, insistiendo particularmente en las zonas más desfavorecidas y aisladas, y velando por la adecuación de la interfase de estas infraestructuras.
- Transformar las universidades en centros de prospectiva y anticipación, que aseguren la **educación permanente para todos**, conforme al artículo 26.1 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, que establece que “el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos”.
- Asignar a cada persona, a modo de “mínimo educativo seguro”, un “cheque de formación” que le dé derecho a cierto número de años de educación, que cada una utilizaría en función de sus opciones, de su itinerario personal, de su experiencia escolar y de su propio calendario.

Esto es lo que tenemos que hacer todos juntos, ahora que por fin somos capaces de expresarnos de igual modo: dar a conocer la voz de la gente para conseguir que nos escuchen, que nos oigan, uniendo nuestras manos y nuestras voces. Actuar como ha expresado tan bellamente un poeta catalán de alta inspiración, Miquel Martí i Pol: *Quién, sino todos?* No unos cuantos. Se ha acabado el que sean sólo unos cuantos los que figuren en todos los escenarios del mundo de hoy. Tenemos que estar todos para procurar que sean la palabra y la cultura las que sitúen suficientemente alto los grandes valores y principios que deben orientar y enriquecer el quehacer de todos los hombres y mujeres de la tierra. Y hacerlo porque creemos que vivir juntos es la gran solución y al mismo tiempo el gran desafío con que nos enfrentamos en el siglo que acaba de nacer. Porque, como escribió H.G. Wells, “La historia del porvenir –no deberíamos olvidarlo– será una carrera entre la educación y la catástrofe”